El show mediático al que nos someten los políticos en la pandemia da cuenta que estamos en un Estado "indigente"

Tal como indicaba Platón, cuando el ser humano debe afrontar momentos transcendentales y difíciles que le sobrepasan, por los niveles complejos y a la vez desafiantes de esos nuevos retos, surge la política, como respuesta a la honestidad del ser humano de hacerse consciente de que solo no será capaz de bastarse a sí mismo y que el bienestar no es personal, sino colectivo. Allí, como en un acto emancipador, asume la conciencia de afrontar los retos de la cotidianidad en perspectiva de comunidad, bajo la conducción de quienes, por un carismático rol de promover cambios y enarbolar los intereses intersubjetivos, aúnan propuestas para conseguir avanzar en materia de garantizar el bien común.

Quienes asumen esta tarea de conducción en el ejercicio político, liderando acciones ejecutivas, legislativas o judiciales, tienen dos formas de ejercer sus funciones: "dominar al pueblo" o "gobernar al ciudadano". En la primera acción, se entiende que el uso del poder, concentrado y jerárquico, es una técnica muy estrecha donde al dominador le basta su ego y quien se lo ratifique, y el éxito de su acatamiento no viene de sus decisiones, sino de la intimidación con su poder y todo lo que este representa para ejercer control sobre el territorio; mientras que por gobierno se asume más un proceso de ideas y convicciones, un liderazgo capaz de avizorar, cohesionar y articular alternativas y propuestas con una comunidad partícipe a la que se le dan los insumos para ser protagonista.

Épocas de crisis globales como la actual son toda una prueba de fuego para el tipo de conducción política que tenemos, y el éxito o fracaso de las decisiones tomadas depende de muchos factores, entre ellos, de tener liderazgos que se consoliden desde su autoridad, que les sea propia como un asunto carismático y logren cohesionar con sus comunidades, de forma participativa, acciones para salir de la crisis, donde se acojan directrices por el convencimiento racional de su utilidad y no de energúmenos del dominio que, con el uso del poder, aprovechan la situación para crear falsos personalismos políticos, asumiéndose como salvadores, aprovechando el alto nivel de temor del pueblo para imponer sus agendas y salvar a unos pocos, en detrimento de otros muchos.

Lastimosamente, esta pandemia está dejando constancia de que, en nuestros gobiernos locales, departamentales y nacional, hay mas dominadores que gobernantes, se usa más el poder que las ideas y se busca más la protección del interés privado que el bienestar común. Esta realidad determina en la acción política un cuadro de poder en tres escenas: a) de quien manda motivado por el interés de mantenerse vigente y gozar de popularidad; b) quien es dominado, bajo la falacia de creer que las instrucciones que recibe son las adecuadas y no le queda otra cosa que asumirlas con obediencia, pues no le asiste un proceso reflexivo; y c) quienes instruyen a los dominadores en el arte de encontrar aquello que debe mandarse, bajo el parámetro de lo que les es beneficioso para ellos y los intereses que representan.

En Colombia tenemos las muestras de las especies dominantes que el COVID-19 ha llevado a su máxima expresión: un presidente adicto a la política de pantalla; un gabinete ministerial que solo es protagonista cuando genera escándalos; un Congreso que en cuatro meses no ha tramitado un solo proyecto de ley a la altura que la crisis lo exige; alcaldes y gobernadores militarizando territorios; órganos de control promoviendo los mismos actos de corrupción que deberían atacar; corporaciones locales que brillan por su torpeza a la hora de tomar decisiones; y políticos que son noticia, no por su espíritu de liderazgo, sino por sus prácticas delictivas y mafiosas que los convierte en la antinomia de lo que en épocas de crisis significa ser un líder político.

No son uno, dos o tres, que permitan pensar que estamos ante la teoría de "la manzana podrida", son casi todos, la sanidad es la excepción; y todo ello porque no están en esos cargos de representación por su liderazgo o su carisma de servicio a la democracia, sino por todas las marrullas y componendas políticas con las que han contagiado a la más excelsa de todas las funciones humanas, que es "la búsqueda del bien común". Podemos decir que esta pandemia llegó en nuestra peor crisis política, y por eso es explicable que estos días de aislamiento hayan acelerado en nosotros la desconfianza y la desilusión de que contemos en el corto o mediano plazo con gobernantes probos que nos conduzcan al bienestar colectivo.

Aquí, el sueño hegeliano de que la modernidad nos conduciría del estado de naturaleza a la consolidación de la sociedad civil, y de la sociedad civil transitaríamos a la comunidad ética, donde el bien común de cada sujeto tendría las garantías de realización en el marco de la vida en comunidad, en torno a unas instituciones flexibles que nos garantizarían la realización individual y colectiva, parece que está muy lejos de realizarse, pues hoy, quienes lideran la democracia, no están abonando a este bien común, sino alentando sus propios enclaves, creando sus formas de Estado y cambiando la idea de comunidad política, por asociación en torno a intereses particulares.

De seguir así y no corregir el rumbo, apenas empiece la desaceleración de la pandemia sentiremos los efectos de sus desacertadas decisiones en la avalancha de pobreza, desempleo, salud deteriorada, inequidad y pérdidas de vida; mientras que, quienes tuvieron la oportunidad histórica de liderar el transito de la sociedad por este difícil momento, aún no se deciden entre cambiar el rumbo y asumir el rol que les compete como gobernantes, o en seguir disfrutando en su cómoda privacidad de la impunidad de sus actos y de habernos conducido a un "Estado indigente".

Wilson Castañeda Castro

Director de Caribe Afirmativo

www.caribeafirmativo.lgbt
direccion@caribeafirmativo.lgbt / caribeafirmativo@gmail.com
Barranquilla - Cartagena, Colombia.